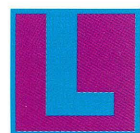




Cortesía del Instituto Colombiano de Antropología —ICAN—

Por: **Rubén Darío Guevara**
Antropólogo M.S.P.
Profesor titular,
Universidad del Valle

LOS INGAS DEL ALTO PUTUMAYO. INTERACCIÓN ENTRE ETNICIDAD Y GÉNERO



a Antropología, en los últimos diez años, ha retomado el discurso teórico que por algún tiempo se puso de presente entre los estudiosos del tema de la mujer con respecto al hombre, para dar cuenta de esa identidad étnica que hoy se denomina de género. En esta perspectiva la antropología, busca desentrañar la red de relaciones e interacciones sociales desde la división simbólica de los sexos: lo propio de los hombres y lo propio de la mujer, pues allí está la esencia de lo femenino y de lo masculino.



Cortesía del Instituto Colombiano de Antropología —ICAN—

**EN EL PROCESO DE
TRANSFORMACIÓN CULTURAL, LO
SOCIAL Y LO ECONÓMICO INCIDEN
DE UNA Y OTRA MANERA SOBRE LA
CATEGORIZACIÓN DE GÉNERO.**

La etnicidad es la que permite a los grupos circunscribir su propia identidad a través de la creación de límites entre ellos mismos por medio de la interacción (Barth: 1969). La identidad de género de las personas varía de cultura en cultura, en cada momento histórico aunque permanece la diferencia sexual. Cada cultura simboliza e interpreta su sexo, por eso es conveniente establecer con la etnia qué es la diferencia sexual, pues ella puede ser corpórea, objetiva o subjetiva y por lo tanto afecta psíquica, biológica y culturalmente.

De un tiempo acá, las relaciones entre los grupos étnicos, sus desplazamientos migratorios por diversos motivos y factores como el trabajo especialmente, además de la influencia de los medios de comunicación, han contribuido a mostrar otras manifestaciones de la identidad cultural o reforzar las propias. La identidad no es fija, tiene tanto de masculino como de femenino, entonces, esto lleva a plantear que no hay un mundo de las mujeres aparte del mundo de los hombres, que la información sobre las mujeres es necesariamente información sobre los hombres.

Es el caso de los Ingaros de Santiago en el Alto Putumayo, cuyas características históricas los han definido como migrantes y por ese accionar, se han considerado en la cultura popular de las ciudades a donde llegan como vendedores ambulantes, como curanderos, por trabajar con un vasto repertorio del elemental botánico.

La migración hoy en día, los ha llevado a mejorar relativamente su situación económica aunque comparativamente con otros sectores sociales de la ciudad, ocupan la escala social más baja (Urrea: 1992)

La década de los años sesenta marcó significativamente esta cultura por los resultados de la acción de la misión católica Capuchina en esta región del país, por la llegada al Alto Putumayo de una gran oleada de colonos nariñenses y antioqueños, por la construcción de los caminos, por la intromisión de nuevas prácticas de cultivo, por la intromisión de la ganadería, por la llegada de los programas del Incora y algunos otros factores concomitantes. Su proceso de desarrollo histórico se vio truncado ante el abandono de las tierras y la migración a la ciudades del país entre ellas a Cali, Tuluá, Buga, Buenaventura, Palmira y Popayán y a algunos países vecinos como Ecuador, Panamá y Venezuela.

Dentro de este peregrinar, las transformaciones y los significados de la etnicidad están experimentando cambios importantes entre los indígenas. Parangonando a Graburn (1976) que distingue la identidad en interna, externa y prestada, se podría concebir que en el Inga, la identidad interna busca a través de sus grupos reivindicativos como el Musurrunakuna (en Santiago) y sus Cabillos (en Santiago y Santafé de Bogotá), fortalecer la cohesión de sus miembros por medio de lo más significativo de su cultura: mantener las tradiciones, la lengua y el espacio que les depara realizar su trabajo como vendedores ambulantes de plantas medicinales.

En lo externo, implica la forma como se presentan por fuera de su comunidad en donde el hecho de considerarse como indígenas del Putumayo, les permite y facilita efectuar su labor de curanderos y de manera especial, reconocérseles por su región de origen. En esta forma, la tradición se mantiene y se refuerzan los lazos de amistad y solidaridad étnica en la ciudad.

En cuanto a la identidad prestada, ésta se reconoce en la forma como han ido incorporando elementos de la cultura de la ciudad y en especial, en la forma como intervienen en la cotidianidad de las personas que los requieren

para obtener una respuesta a sus múltiples problemas psico-sociales-biológicos y de relaciones grupales cuando no, por solucionar sus problemas de acceder a un empleo, por saber quién los robó, por conocer de las infidelidades de sus cónyuges etc. Pero también, esta identidad prestada refuerza la posición social del indígena que ha migrado cuando regresa por temporadas o en épocas del Carnaval a la región de origen a visitar familiares o a darse cuenta de cómo están sus propiedades entonces aprovecha para manifestar lo bien que se encuentra y lo exterioriza empleando fuerza de trabajo asalariada para que le trabaje sus tierras, embórrachándose o invitando a amigos y parientes a compartir con él.

El retorno a la tierra de origen por parte de jóvenes tanto hombres como mujeres y de personas de más edad, contribuye de alguna manera a la etnia pues estos son nominados para ocupar cargos en el Cabildo y según su preparación académica, empiezan a ocupar los que han tenido los mestizos en el gobierno civil o en las instituciones culturales, de salud o sociales.

Sin lugar a dudas, estas oportunidades presentan contradicciones al interior de la etnia por esa diferencia en la estratificación social que les atribuye forma y significados de actuar diferentes.

Como los hombres y mujeres se vieron obligados a ocupar cargos diferentes, surgió una identidad genérica, en el sentido de que es el poder del cargo, el que realza a la persona que lo ocupa. De esta manera, el género estructura la organización social y está basado en la creación de diferencias de poder entre los sexos. Poco a poco se ha tornado en diferencia social y ha justificado los deberes y derechos propios de los géneros, exteriorizando una conducta diferente, esferas de trabajo separadas, en fin, una participación diferente en la comunidad con respecto a las decisiones.

En el proceso de transformación cultural, lo social y lo económico incide de una y otra manera sobre la categorización de género.

Entre los inganos, las mujeres desempeñan un papel crucial respecto a la simbología de su identidad, por ejemplo, en el vestido se establece una identidad propia que define al Inga frente a las demás étnias: la mujer con su bayta, tupulli, pacha y chumbe y el hombre con su cusma, capisayo y chaquiras; en la relación con la tierra, la forma de asociarse en las reuniones, en las fiestas, en la iglesia —cuando se acomodan en el ala izquierda pues la derecha se reservó para los hombres, las mujeres se diferen-

cian y ganan cierta posición que es respetada por los hombres—; en el trabajo, la cotidianidad, la toma de decisiones y la base económica ya se experimenta cambios. La experiencia subjetiva de etnicidad, es diferente entre hombres y mujeres.

En las ciudades aparece una división del trabajo genérica en cuanto a que el hombre es quien prescribe el «remedio» para los clientes o pacientes, no obstante, que la mujer los atiende y ambos permanecen en el puesto. Esta apreciación, que en la mirada occidental no parece ser significativa, para la etnia es fundamental en cuanto a que concibe y significa a la mujer con «menos fuerza» y al hombre como «más fuerte». En esta forma, se perpetúa el orden jerárquico.

Sin embargo, esta no es una visión mecánica, las mujeres disponen de diferentes opciones a las de los hombres porque si bien son consultadas por los hombres, también lo son por mujeres negras o mestizas y proceden de

Fotografía: Rubén Dario Guevara



una forma *sui géneris*, propia, por el hecho de ser mujeres. Esto le hace dar un significado especial, propio, a su práctica curanderil, significado que defienden ante los hombres sean o no sus maridos.

IDEOLOGÍA DE GÉNERO

La forma como ha venido configurándose la idea de género en esta comunidad está vinculada estrechamente con su transformación histórica, la cual se ha visto influida durante y por el proceso de socialización y de relaciones sociales, reforzándose en los individuos durante toda la vida a través de sus comportamiento, roles y posiciones que se atribuyen cultural, social y económicamente a hombres y mujeres y que determinan los contextos y las formas de vida y de trabajo de ellos. (Bonilla, E.: 1992)

Es así como la cosmovisión de esta comunidad está en las raíces del imperio incaico, la cual estuvo basada en las nociones de complementariedad y de oposición, tal como lo manifiesta Pinzón (1988), lo que entre otras cosas, se traducía en términos de lo femenino y lo masculino; cada elemento del universo tenía su pareja de sexo opuesto. Las mujeres aquí fueron la mitad del cosmos (Sánchez:1990).

El mundo de los dioses se orientó hacia la organización de la tierra. El trueno y el rayo fueron los antepasados del hombre. Las mujeres descendieron de Pachamama que simbolizó la tierra y la vida, este parentesco ató a la mujer a las faenas agrícolas y a lo que fue la reproducción, como defensora de la vida; sus funciones reproductoras y la lactancia no les impidió el trabajo agrícola.

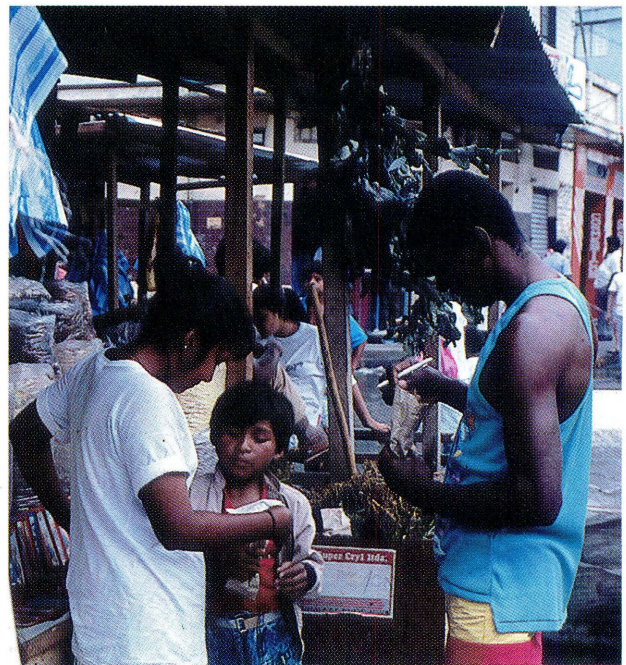
Fue la obra misionera junto con el poder colonial, la que destruyó los valores tradicionales dándole a la tierra el sentido de propiedad privada y sustituyendo los principios de reciprocidad y redistribución. Lo genérico se reforzó o enfrentó con la ideología machista que calificaba a las mujeres para ciertos trabajos menos pesados o inferiores con respecto al que realizaban los hombres.

La autonomía de la mujer se fue perdiendo con respecto por ejemplo, al conocimiento de las plantas y la forma de actuar con ellas. A la mujer se le recluyó en la casa y se la convirtió en esposa y madre. La ley sólo aceptó la descendencia patrilineal y en esta forma, el parentesco por línea materna que era la tradicional, desapareció para dar paso a la línea patrilineal propia del español.

MIGRACIÓN

En el pasado, la migración fue una estrategia de resistencia cultural pero hoy es una forma de dar salida a las condiciones sociales y económicas por las cuales está pasando la comunidad en su región de origen. La carencia de tierra y lo difícil de acceder a un trabajo remunerado que le permita existir, ha obligado a la migración. Lo negativo de esta salida ha sido la pérdida relativa del idioma, del trabajo con sus prácticas comunitarias y la posibilidad de insertarse en actividades no lícitas como son las de acceder los y las jóvenes cuando viajan al bajo Putumayo a recoger la hoja de coca.

Otro motivo de la migración fue la alta presión demográfica en relación con la tenencia de la tierra. Debido al



Fotografía: Rubén Dario Guevara

fenómeno migratorio, el crecimiento poblacional de los ingas tiene un comportamiento similar al promedio rural nacional.

En la práctica, las mujeres disponen de menos medios de poder que los hombres para migrar. Las mujeres que dejan a sus hijos son calificadas como «madres malas», pero así no se los considera a los hombres que abandonan sus familias, pues a estos se les endilga su necesidad y obligación de ir a buscar trabajo para ayudarlas.

Hijos e hijas cuidan a sus hermanos pequeños, hay niños y niñas que son criados por sus padrinos —quienes tienen serios deberes y responsabilidades para con ellos— o por sus abuelos.

La maternidad y las labores domésticas, limitan a las mujeres para la migración pues tienen que criar por obligación y cuidar a los niños y niñas.

Las mujeres mayores de cuarenta años se resignan a su situación de tales y abnegadamente aceptan el sufrimiento y el abandono que les causa la ausencia de su marido.

Pero el hecho es que cuando se presenta la oportunidad, las mujeres migran a las ciudades especialmente y se emplean en los oficios domésticos, en las casas de familia. Pierden su libertad y se ven sometidas a los vaivenes

vechando su conocimiento de la medicina tradicional botánica con el que atienden a los clientes.

MATRIMONIO Y SEXUALIDAD

En las ciudades no es común el matrimonio católico, las mujeres establecen uniones libres con los de la misma etnia aunque en menor proporción que con etnias diferentes. Hoy es notable la relación inter-étnica especialmente con negros y mestizos. Las razones son varias. Ellas dicen que: «los inganos beben mucho aguardiente, son irrespetuosos, les pegan a las mujeres, son irresponsables...» y que «no quieren llevar una vida como la que han llevado sus madres casadas con los paisanos de la misma «raza». Por otra parte, dada la residencia que han establecido, las



PANORÁMICA VALLE DEL SIBUNDOY. Fotografía: Martín Alonso Roa

que les depara esta relación de trabajo de la cual salen presionadas por el acoso o porque se les presenta una nueva oportunidad de ir a otra casa. En menor proporción, las mujeres llegan a la ciudad a colocar su puesto de trabajo, se deben dar facilidades por parte de familiares para lograrlo.

La estrategia de sobrevivencia cultural en la ciudad está dada principalmente por la adscripción al Cabildo y a nivel particular, por las prácticas de curanderismo, apro-

relaciones con hombres de otra etnia son mas propicias, así ocurre en los puertos de Buenaventura y Tumaco, en la Costa Pacífica, donde hay varias uniones libres de mujeres ingas con negros las que si bien no son muy aceptadas por parte de los padres, ellas se toleran. No es común la relación estable del hombre inga con la negra, sólo se accede a ellas en su condición de prostitutas.

El hecho más significativo de esta situación es la manera como los jóvenes varones sienten el desprecio de

las mujeres de su etnia el cual se torna en resentimiento e indignación que en muchas ocasiones llega hasta la tragedia cuando borrachos, agreden a las mujeres y estas son defendidas por sus maridos negros.

El hombre es más renuente a establecer una unión estable con mujeres de otra etnia, aunque las hay, pero lo más común es que los hombres jóvenes viajen al Alto Putumayo, a Santiago, su región de origen a «conseguir mujer» y establecer con ella su unión libre.

La norma matrimonial tradicional de la petición de la novia por parte de los padres del novio a los de la novia, se ha perdido por completo en la ciudad. En Santiago, aparentemente se conserva aunque no con las características de los antiguos. La unión libre parece ser la que ha echado raíces para las relaciones estables entre las parejas pero también es cierto que existe de manera latente el

**HAY EN ESTE SENTIDO UNA IGUALDAD
RESPECTO A LOS ESPACIOS LO CUAL
PERMITE QUE SE MANTENGA UN PODER
QUE SE DA A TRAVÉS DE LAS
RELACIONES IMPERSONALES QUE SE
FOMENTAN CON LA
COMUNIDAD FORTALECIENDO LA
CULTURA POR MEDIO DE LA
COMUNICACIÓN FAMILIAR,
FRATERNAL, LIBRE E IGUALITARIA.**



rechazo a este tipo de unión que es aceptado por la pareja en cuanto les puede significar mejores posibilidades de separación.

Anteriormente la característica de la familia fue extensa y tenía la particularidad de que los descendientes femeninos conservaban el apellido de la madre y los masculinos el del padre. La residencia es patrilocal aunque tiende a la nuclearidad y neolocalidad.

El promedio de edad para efectuar la relación son los 18 años para la mujer y los 20 para el hombre. El número de hijos está respondiendo a las circunstancias en el sentido que no emplean métodos de planificación familiar y la norma cultural ha favorecido la familia numerosa.

La edad de la mujer es la que marca la reducción de los hijos en la medida en que a más edad, se disminuye el número de embarazos. No es una contradicción ni motivo de impedimento el que para conformar una nueva unión tanto el uno como el otro de los contrayentes aporten un vástago habido en una unión anterior. Esto bien puede significar que no es un tabú el ejercicio de uniones libres esporádicas o prematrimoniales, el sexo parece ser algo tan natural como la propia reproducción biológica. Aunque no es muy claro el ejercicio de la madre soltera.

Poco se ha conocido acerca de la manera como disfrutan el sexo. La mujer ha definido su período fértil de acuerdo a su ciclo biológico, aunque es conveniente explorar esta situación con más detalle por cuanto existen serias reservas culturales al respecto. La educación sexual de las niñas y niños en la casa está acorde a las circunstancias, ellos y ellas van aprendiendo en la medida en que transcurre el proceso de socialización fundamentalmente por parte de la madre. Si bien se dan las relaciones extra conyugales, son más permitidas las del hombre o por lo menos son menos traumáticas que las de la mujer. Pero en ambos casos se dan y ellas provocan comentarios propios de las parejas que están en situaciones semejantes.

La gestación se asocia a fenómenos de la naturaleza, por ejemplo, la luna de color rojo presagia nacimiento, si es negra, va a atentar contra el recién nacido.

El divorcio en esta cultura no existe en el sistema de pensamiento, la separación se da de hecho. Hay separaciones por motivos diferentes como son los viajes, la organización con otra mujer, abandono de uno de los miembros de la pareja por residencia, etc. La mujer abandona al marido porque consume mucho licor, es irresponsable, la maltrata, pero nunca porque tiene otra mujer.



LA RESIGNACIÓN DE LA MUJER SE DEBE EN MUCHAS OCASIONES A FACTORES ECONÓMICOS QUE LE DEFINEN UN SEVERO CONTROL SOCIAL PERO TAMBIÉN LA CONDICIÓN DE MADRE LA ASUMEN EN ESA INTERIORIZACIÓN DE UN ROL QUE DEBE CUMPLIR POR SER ESA UNA CONDICIÓN ESPECIAL Y QUE LE HA ASIGNADO SU CULTURA.

RELACIONES SOCIALES, PRESTIGIO Y ALCOHOL

Una de las características de las culturas andinas es que las relaciones de parentesco y las sociales apenas se distinguen. El compadrazgo, sistema introducido por los españoles metió nuevos miembros a la familia. El compadrazgo como parentesco, crea deberes y derechos para todos los miembros y se tornan obligatorios pues tienen fuerza cultural por la costumbre.

Entre los inganos el compadrazgo es una institución básica y fundamental, se llega a ella por la cesión o «regalo» que se le hace a una pareja formalmente unida, de

uno de los hijos para que lo «acompañe» en la ceremonia de bautizo o la confirmación. La pareja con los padres se denominan compadres y el o la niña se le denomina ahijado o ahijada y estos llaman a la pareja como padrinos.

El compadre adquiere una serie de obligaciones con su ahijado y ahijada para toda la vida como son los de ver por ellos, protegerlos, ayudarlos en todos los momentos difíciles, por esta escogencia, se adquiere prestigio. El padrino regala lo indispensable para la ceremonia de bautizo y es quien corta el pelo al niño por primera vez antes de la ceremonia.

El padrino de matrimonio es escogido por el novio y su padre quien le dice que los «vaya a acompañar» aquel tiene por obligación prestar la cusma y el sayo para el hombre y para la mujer, el reboso y la manta. Cumplida la ceremonia se tiene que devolver. El padrino da los consejos respectivos a la pareja, les da la bendición para que la unión dure y se porten bien, respeten la casa y tengan una bonita familia.

El parentesco permite dar cuenta de qué manera se da la diferencia en la etnia cuando por ejemplo, los niños llaman a los adultos hombre como «tío» y las niñas llaman a las mujeres adultas como «tía», en esta nominación que no es sólo lingüística se configura el principio fundamental de respeto y familiaridad.

De todas maneras, es en la familia en donde en primera instancia se construye esa identidad de género aunque no es sólo en ella pues su dimensión abarca todo el tejido social, toda la cultura.

Las festividades sociales y ceremoniales son propias para la ingestión de grandes cantidades de bebidas alcohólicas como aguardiente, cerveza, ron, vino, etc., no hay una preferencia de ellas; en las ciudades, por lo general, está excluida la chicha no así en la región de origen. La comida es abundante, sobresale la denominada «boda», el «comarico» con abundante carne (gallina, marrano) y papas con mote de maíz que se reparte entre los asistentes.

Tanto en las ciudades como en Santiago, el ingano considera el aguardiente como un medio de catarsis a su situación. Hombres y mujeres se adentran en las libazones sin ninguna restricción y duran varios días ingiriendo las bebidas alcohólicas. La cantidad de bebidas y de comida realza el prestigio de los oferentes y es una señal de su buena situación económica. El «ofrecer» es un medio a través del cual se realzan las relaciones sociales y se estrechan los vínculos del compadrazgo, de solidaridad, de amistad y culturales.

Rechazar el alcohol o la chicha que se ofrece en el recipiente, no es bien visto, sorprende la manera como se hace el brindis y quien lo hace es el primero que toma y continúa por la izquierda ofreciendo. La mujer y el hombre pierden en muchas ocasiones el sentido por la borrachera y en especial, cuando ella se cae, sufre las consecuencias el hijo que carga a sus espaldas. Difícil se torna la situación cuando ellas están lactando y sus hijos entonces se ven seriamente afectados por las diarreas.

Las mujeres borrachas lloran y exteriorizan agresivamente sus sentimientos frustrados, reclaman a sus maridos, le pegan y disputan hasta más no poder. El hombre borracho en esta situación se torna más complaciente, pero se dan casos en que se enfrenta a puñetazos y se forman disputas de familia que llegan hasta las agresiones físicas. La embriaguez no es un motivo de vergüenza. Lo sucedido en estas circunstancias no se tiene después en cuenta, atribuyéndose al hecho de estar borrachos.

En Santiago existe un alto número de consultas por el denominado «síndrome del alcohol fetal»



En las ciudades surge como interés principal el acumular dinero para visitar Santiago, poder comprar tierra, ganados y cultivar, pues así se arraigan más a su región de origen. En Santiago existen muchos propietarios que han abandonado sus predios para irse a radicar a otras ciudades del país e incluso en las del exterior y las dejan bajo la responsabilidad de familiares o mayordomos que les pagan, esto les da prestigio en la medida en que están señalados de «estar bien». El domicilio urbano de por sí constituye prestigio.

El trabajo de la mujer en la ciudad contribuye de manera sobresaliente a cubrir las penurias económicas. Los pagos por los servicios que presta a los clientes en sus puestos de venta son invertidos para suplir las necesidades del hogar que el hombre ha descuidado por estar comprometido en las borracheras. Es excelente administradora pero no puede gastar el dinero sin consentimiento de su marido que de todas maneras es el que dispone de él.

La resignación de la mujer se debe en muchas ocasiones a factores económicos que le definen un severo control social pero también la condición de madre la asumen en esa interiorización de un rol que debe cumplir por ser esa una condición especial y que le ha asignado su cultura. En el reparto social de roles, los varones tienen reservados espacios que podríamos llamar externos o públicos y las mujeres el ámbito doméstico o privado. El ingano comparte muchos espacios que nuestra sociedad reserva sólo a los hombres como son los bares, cantinas, parques, incluso hoy tienen la oportunidad de ingresar a la Universidad (en la Universidad Nacional de Colombia hay cerca de 20 inganos estudiando en diferentes planes de estudio). Hay en este sentido una igualdad respecto a los espacios lo cual permite que se mantenga un poder que se da a través de las relaciones impersonales que se fomentan con la comunidad fortaleciendo la cultura por medio de la comunicación familiar, fraterna, libre e igualitaria.

Es de notoria transcendencia observar que las mujeres que migran, adquieren un sentido de independencia si no han llegado a unirse con algún hombre y si regresan a Santiago pueden establecer una autoconciencia que las salva y les da una nueva dimensión de su identidad étnica. Desafortunadamente las niñas y los niños formados y socializados en la ciudad si bien adquieren algunos de los valores de la cultura de sus padres, lo cierto es que poco a poco los van perdiendo y van adquiriendo un tipo de responsabilidad compartida en el grupo familiar ya sea como cuidadores o como cuidadoras de sus hermanos menores, ya como auxiliares de sus padres en los puestos de venta de los productos botánicos.

En el campo es otra la situación con respecto a los niños y las niñas, estos siguen al pie de la letra la tradición de los mayores y gozan de libertad aunque se privilegian sus derechos frente a los deberes y el proceso de aprendizaje se da más por relaciones sociales y familiares que por las instituciones, no obstante que aún permanecen en la región las comunidades religiosas que imparten la educación y condicionan ideológicamente la posición de los educandos.

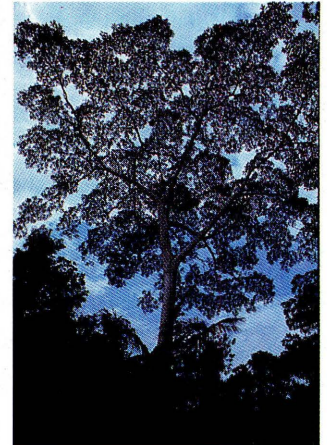
Las mujeres inga no están separadas del todo sino en un momento crucial de su ser biológico y es cuando tienen «el período» —la menstruación— que se le hace a un lado con respecto a las prácticas agrícolas pues pueden contaminar la parcela y el otro momento es cuando se ritualiza la práctica de curación por medio del yagé que ella puede «cortar» o quitarle el poder, pero en las discusiones familiares, ellas ocupan el lugar primordial en igual sentido, se le tiene en cuenta en la toma de decisiones para su propio destino.

Existe la idea generalizada en la cultura que la mujer debe ser para la casa en el sentido de que debe preparar los alimentos para los hijos y el esposo y debe lavar. Esto hasta cierto punto se ha ido perdiendo en las ciudades en cuanto a que el hombre ya entra a compartir estas actividades.

En Santiago la vida cotidiana de la mujer corre paralela a la de los hombres en un esfuerzo para desarrollar la agricultura de auto consumo. En la ciudad ocurre en igual forma pero sujetándose al trabajo en el puesto de venta.

Dado el proceso de formación educativa católico, a la mujer se le han introyectado culturalmente los valores sexistas. Se le inculca una serie de actitudes y creencias que le hacen continuar en la esfera doméstica, crianza y educación de los hijos, en lugar de la vida pública, por ello, en Santiago, una cantidad de mujeres no tienen alternativas sociales, intelectuales o culturales, al vivir en un ambiente de privaciones.

Si la perspectiva de género, que hace alusión a las mujeres o al sexo femenino, es una forma de ciertas tendencias feministas a darle sentido político y realce teórico a un sistema social (Lamas: 1995), también permite significar y descodificar de qué manera las culturas otorgan una diferencia sexual para comprender las complejas conexiones entre las variadas formas de interacción social. &



BIBLIOGRAFÍA

- BARTH, Fredick. Introducción. In **Etnic Groups and Boundaries**/F. Barth (ed) London Allen and Unwin. 1969
- BONILLA, Elsy, Rodríguez P., «Fuera del cerco. Mujeres, estructura y cambio social en Colombia». **Agencia Canadiense de Desarrollo** 1a. Edición. Santafé de Bogotá 1992.
- GRABURN, Nelson (de). **Etnic and Tourist Art: cultural expressions from the Fourth Word**. Berkeley/Los Angeles/London/Univ. of California Press.
- LAMAS, Marta. «Algunas dificultades en el uso de la categoría género» **Mimeo**. Depto Sociología. Univalle Cali 1995
- MINNAAR, Renneé. «Interacción entre etnicidad y género: ser hombre o mujer indígena en Otavalo». En: **Sarance**. N. 22. Instituto Otavaleño de Antropología Otavalo (E) 1995
- PINZON, Carlos. «Violencia y Brujería en Bogotá». En **Boletín Cultural y Bibliográfico**. Banco de la República Vol XXV No. 16 Bogotá, 1988
- SANCHEZ, P.José «Por qué golpearla? Ritual, estética y ética en la comunidad andina». Quito. **E.CAAP** 1990
- URREA, F. «Estudio sociodemográfico y socioeconómico de la población Inga residente en 7 ciudades». **Boletín de Estadística Dane**. Bogotá, enero 1992